

LIBROS

Haro Tecglen y la crónica política de 1970

La historia del periodismo español es una de las más no hechas de todas las historias españolas no hechas. Hasta que no se escriba esa historia total de la información en España será imposible poder medir la influencia cultural de personas y obras desde la plataforma subcultural de la información. Hoy tenemos conciencia de la influencia de un filósofo, un escritor, un profesor, pero carecemos de instrumentos clarificadores de la relación histórica entre el periodista español y su tiempo. Haro Tecglen es una excepción. Periodista desde los catorce años, en plena tercera juventud, podemos profetizar ya su nombre unido a la reconstrucción de la dignidad de la prensa española en la posguerra. En la ardiente oscuridad de tanta mediocridad, de tanto adocenamiento, el Haro Tecglen crítico teatral, o el Haro Tecglen corresponsal en el extranjero, o el Haro Tecglen comentarista político, cultural, moral, es ya un punto de referencia para cualquier posible conocimiento del desarrollo de la información en España.

Tras la lectura de las crónicas compiladas en el libro de Haro que acaba de publicar Editorial Fundamentos, uno puede tratar de delimitar las claves objetivas de la labor de Haro Tecglen. Curiosamente, es un libro el que puede dar idea de la importancia de una labor tan contingente como la periodística, verdadera flor de un día. Las crónicas compiladas han sido publicadas por la revista TRIUNFO y representan una fijación de todo un año de labor informativa. Tenemos la posibilidad de examinar a Haro Tecglen en frío y se confirma la admiración que desde siempre nos ha producido la lectura fugitiva de sus crónicas semanales. Cuando Haro Tecglen empezó a escribir crónica de política internacional, en el país se llevaba un modelo intuitivo del género. Los comentaristas al uso tenían una concepción lineal de la Historia y una épico-imperial tendencia a

creerla protagonizada por dioses, reyes y militares de fortuna. Lo que escapaba a esta interpretación era tan nebuloso que necesitaba el manto protector de la metafísica histórica: peligro amarillo, la tradicional aspiración zarista a la conquista del Mediterráneo, el alma esclava, la internacional judía, la internacional masónica, el espíritu de los pueblos, etcétera, etcétera. Haro introdujo un modelo de crónica basada en la estricta manipulación de hechos y datos desde una posición moral progresiva. Seriamente documentado y en posesión de un método dialéc-



tico de comprensión de las relaciones históricas, Haro Tecglen ha tenido que añadir su buen oficio de buen escritor y una cultura humanística casi de intelectual de la Institución Libre de Enseñanza, para conseguir una etiqueta inconfundible. Nada de lo que afecta al hombre contemporáneo le es ajeno, y el humanismo de Haro, sin el cual es imposible la práctica de historificación cotidiana que significa ser cronista de política internacional, tiene en su planteamiento la misma razón dialéctica. Cualquier crónica de Haro so-

bre la situación vietnamita tiene en el guerrillero prometeico su héroe positivo, pero el papel de héroe positivo nunca se ejerce sólo en relación con un centro terrestre concreto. El guerrillero prometeico de Vietnam es el guerrillero prometeico del mundo. Vietnam es el mundo. Para transmitir esta comprensión hace falta convertir en perpetua la relación teoría-praxis a través del instrumento de una máquina de escribir cotidianamente forzada a rendir verdad. En todos estos sentidos, Haro ha sido un pionero, y sigue siendo un modelo en el ejercicio de un nuevo periodismo definitivamente desgajado de la literatura y convertido en auxiliar de las ciencias sociales.

Una faceta de la profesionalidad de Haro Tecglen es digna de destacar: el sentido integrador de su especialización. Para redactar un artículo de política internacional Haro no se limita a la manipulación de datos infraestructurales específicos, sabiduría convencional y las sublimaciones consiguientes. Haro se vale de un método integral, en el que no desdena la participación de datos y hechos pertenecientes a toda la problemática humana. Los lectores de TRIUNFO conocen la tendencia de Haro a plantearse las a veces ocultísimas relaciones que hay entre morir en Vietnam y morir en defensa del derecho a llevar el cabello largo. Su crónica política de 1970 es realmente un año de historia, que nos ha ayudado a comprender y comprendernos. Dentro de diez, veinte años, el historiador deberá releer a Haro Tecglen si quiere comprender cómo se planteaba vivir en el siglo XX la zona más lúcida y limpia de la conciencia social española que conformamos. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

Julio Caro Baroja, un cazador de realidades

Julio Caro Baroja, hijo de Rafael Caro Regio, editor, y sobrino, por línea materna —Carmen Baroja y Nessi—, de don Pío, nació el 14 de noviembre de 1914. Perteneció, pues, a esa generación de pensadores para la que el octavo lustro de este siglo se convirtió en el comienzo de un parentés irresoluto. Es un hombre enteco, que en su gabinete ordenado y repleto de paquetes con papeles y libros y ma-

pas etnográficos se me figura un maestro montañés y peripatético. Doctorado con premio extraordinario en Historia Antigua el año 1942, desempeñó el cargo de director del Museo del Pueblo Español, en Madrid, desde 1944 hasta 1955, en que pidió ser sustituido. Es miembro de la Academia de la Lengua Vasca y de la de Buenas Letras de Barcelona, así como de la Hispanic Society de América, del Instituto Arqueológico Alemán, de la Sociedad de Arqueólogos Portugueses y de alguna otra. Su labor, alejada desde 1944 del ámbito universitario, ha escudriñado el pasado hispánico con ánimo de entomólogo y rigor de científico apasionado. El año 1963 fue recibido como miembro de la Real de la Historia. Ramón Carande, en respuesta a su discurso de ingreso, le consideró como un «historiador de buena técnica... un cazador de realidades».

TRIUNFO.—A lo largo de su carrera se ha dedicado usted a la historia antigua, a la arqueología, a la etnología y, finalmente, a la antropología y a la historia social, ¿cómo han incidido estos ámbitos en el definitivo perfil de su vocación?

CARO BAROJA.—Es una cosa un poco larga. Desde chico me interesaron los temas de antropología e historia... primitiva, o primigenia. Y me lancé por esa senda igual que uno se echa al mar cuando no sabe nadar, un poco a ver cómo sale. Me parecía que los temas antiguos eran materia parva, tratados con mucho virtuosismo, pero que, en realidad, no le decían a uno nada. Fui buscando más bien la riqueza del material que el problema, y eso únicamente lo proporciona la materia viva. De manera que comencé a hacer antropología, con lo que me encontré ante una gran riqueza de información, pero con una enorme dificultad de interpretación. En la ciencia moderna hay una constante de interferencia entre las técnicas de investigación y las didácticas. Una cosa es la metodología didáctica, muy convencional y de capilla, y otra la de investigación. ¿Cómo se ven, pues, las cosas? Hay gente que tiene una intuición natural, como el poeta o el pintor.

T.—Sus escritos oscilan entre la antropología y determinadas facetas de la historia social del país, tan escasamente investigada. A este respecto, ¿por qué escuela se inclina: marxismo, funcionalismo, estructuralismo?

C.—Yo, la verdad, creo que cada una se erige sobre

la consideración de una parte de la realidad. Yo no dudo que el marxismo, como método de trabajo, sea bueno en relación con un cierto sector de la realidad para el que Marx dio una pauta... que, a veces, no desentrañó con la necesaria claridad. Ahora, su obra es ya la de un clásico.

T.—¿En cuanto al funcionalismo?

C.—Me parece una cosa un poquito más floja y circunstancial. Obedece a la necesidad, percibida en una cierta época, de abandonar el gabinete y estudiar el mundo vivo. Sin embargo, yo dudo de que Malinowsky fuera tan buen teórico como fue buen observador.

T.—Hasta qué punto una sociedad, o un entorno social, queda modificado por la simple presencia del investigador?

C.—El investigador siempre altera lo que investiga. Por otro lado, y en el caso de los investigadores norteamericanos, de muchos de ellos, la educación recibida les incapacita como testigos absolutos, convirtiéndoles en una clase de testigos. El hecho de que Margaret Mead sea una mujer condicionó bastantes de sus observaciones.

«El estructuralismo me parece, en gran parte, un retorno a la antropología de gabinete, pero, por lo mismo, acaso tenga más porvenir... sobre todo después de la antropología de campo que se ha hecho, acaso un poco estrecha de miras. Este es precisamente el problema del «field work», que resulta la aplicación de una técnica... Es una fase de la carrera universitaria que después se abandona por ulteriores necesidades académicas.

T.—¿Existe, entonces, una relación metodológica entre funcionalismo y estructuralismo?

C.—Hay una vinculación y una consecuencia evidente. Como carentes de teoría, los funcionalistas tienen miedo del estructuralismo. Toman sus concepciones por fantasías, lucubraciones. En realidad, es el miedo del padre al hijo.

T.—¿Cuál es su método de trabajo?

C.—Me he dedicado al manejo de fuentes históricas y documentos por una sencilla razón. El trabajo sobre una sociedad rural, en un momento como este, de éxodo y decadencia rural, con la entrada de los recursos estos modernos, resulta como una investigación sobre detritus. Es ver unas sociedades cadavéricas o en trance de desaparecer, y, claro, resulta muy desagradable, muy angustioso.

T.—¿Cuál es, en su opi-

nión, la situación del medio rural?

C. B.—Sale usted de aquí y ve pueblos con una población mínima, sólo viejos y chiquillos. No es un mundo y además carece de interés teórico... de que de aquí va a salir algo... No, hombre, de aquí sólo sale la Muerte. Por otro lado, la incorporación del campesino a la vida suburbana, si tiene algún interés, lo tendrá para los sociólogos.

T.—¿Son estas consideraciones las que encaminaron sus investigaciones hacia el estudio de temas tales como las minorías en España, por ejemplo?

C. B.—Me atrae el estudio de las minorías en la medida en que creo que tienen una gran importancia para la explicación del ideal mayoritario, jamás llevado a efecto. Con respecto a la sociedad, ofrecen algo así como una contraestructura.

»El ideal de la literatura medieval castellana, como unitario, es un ideal romántico, pero de ese ámbito ha pasado al científico y al político, y ha habido el político unitario, con la obligación de castellanista, y el teórico. Ahora hay historiadores aragoneses, navarros y catalanes que no siguen esas rutas.

T.—¿Cuáles son los rasgos básicos de esas minorías?

C. B.—Hay unas minorías étnicas que son muy claras. Grupos aislados, segregados por motivos más importante-

mente religiosos: judíos, moriscos, mudéjares... Luego hay minorías locales, de origen oscuro: los agotes, en los Pirineos; o los de la cordillera Cantábrica, los vaqueiros, los maragatos...

T.—¿Y qué resortes socio-históricos condicionan su existencia?

C. B.—El problema de las sociedades que están fuera de la ley por imposición de la ley es muy típico de España. Por ejemplo, resulta que el problema de los conversos dura lo que dura la interdicción. Cuando cesa la prohibición cesa el problema. En muchas épocas de la historia de España, los legisladores han tenido con respecto a la ley ideas verdaderamente absurdas. En la época en que los ilustrados se empeñaban en adecuar la vida española, y tras muchas leyes regulando la vida de los gitanos, hay una pragmática de Carlos III que dice taxativamente: «Que no haya gitanos». Verdaderamente esto es coger el rábano por las hojas. En esto pasa siempre igual. Representa un problema legal de interpretación un poco raro.

T.—En uno de sus últimos libros, *Inquisición, brujería y criptojudasmo*, aborda la cuestión del papel represivo jugado por la Inquisición en España. Al constituir la Iglesia esta institución hubo quien se negó a admitirla en sus dominios, como en el caso de los príncipes alemanes. ¿Qué fac-

EL COMUN DENOMINADOR DEL MIEDO

«Inquisición, brujería y criptojudasmo» (1) consta de dos partes netamente diferenciadas: la primera, «La sociedad criptojudía en la corte de Felipe IV», es el discurso leído por el autor en su ingreso en la Real Academia de la Historia; la segunda, «De nuevo sobre la historia de la brujería», puede considerarse como un complemento de *Las brujas y su mundo*, también escrito, como se sabe, por don Julio Caro Baroja.

Ambos trabajos constituyen un compacto volumen, cuya unidad y coherencia le vienen dados por un factor común persecutorio: la Santa Inquisición. Y de ambos cabe decir —palabras del propio autor— «que sirven para comprobar la vieja tesis de que vivimos en un valle de lágrimas: tanto si se considera a los perseguidos como si se juzga a los perseguidores, porque una de las características más grandes del que persigue es la de que siempre tiene miedo, mucho miedo».

Este miedo, con su inmediata secuela, el secreto, en su doble vertiente perseguidor-perseguido, es el leit motiv de estas apasionantes páginas. El terror institucionalizado, el secreto erigido en burocracia, que incuban una sociedad y la configuran en una dirección que hoy se llamaría «underground».

Por de pronto, pensamos que el siglo XVII español ofrece, de por sí, un interés fundamental para quien intente conocer la esencia de lo español; mucho más quizá que otros momentos, más brillantes y polémicos, de nuestra decadencia. Pero, además, el cami-

no que, como historiador, elige Caro Baroja, nos parece el único viable si se quiere penetrar en los entresijos de una sociedad que, quiérase o no, sigue siendo la nuestra. «A veces, ese fondo de paisaje o interior, como en los cuadros de los primitivos, tiene un enorme interés en sí mismo». He aquí el camino de que hablábamos: la interioridad; el lector se ha de ver inmerso en la sociedad que se estudia, la vivirá desde dentro y, al vivirla, él mismo llegará a descubrir sutiles claves que le han de ayudar a explicarse su actual peripecia de español.

Desde siempre hemos pensado que la verdadera historia se halla lejos de los manuales; muchas veces, en la literatura, el arte o la pintura. Y es aquí donde, a nuestro juicio, radica el interés del libro que comentamos.

De aquella *Historia de España contada con sencillez*, de don José María Pemán, vivan todavía miles de españoles, y no sólo niños, sino «muchos que no lo son». Los más se quedaron en ella desde su infancia. Otros, al abandonar la Universidad con la amarga sensación de que esa historia es demasiado compleja, regresaron a la cómoda «sencillez» de aquel libro. Quedan, por fin, quienes, a sabiendas, empapelaron el mosaico con el enorme cartel en forma de piel de toro: «Unidad Nacional», operación también «sencilla».

El libro que tenemos en las manos raspa esa artificial etiqueta, desmonta las piezas de ese mosaico, las numera pacientemente y nos reintegra a la complejidad de nuestro pasado. De ahí que nos parezca un exceso de modestia el hecho de que su autor, al presentarnos el fruto de su trabajo, incluya este volumen en la denominación de «pequeños escritos». ■ B. DE ARRIZABALAGA.

(1) Julio Caro Baroja, *Inquisición, brujería y criptojudasmo*. Ediciones Ariel. Barcelona, 1970.



tores propiciaron su introducción en España?

C. B.—A mí me parece que la Inquisición en España fue muy circunstancial, política, de acuerdo con un momento en el que los Reyes Católicos están obsesionados por la restauración de la unidad y acuden a un resorte clave, la religión. Después, su existencia se prolonga hasta que de una manera parcial, dentro de España, la suprime Napoleón. Naturalmente, las Cortes de Cádiz la suprimen. Y, naturalmente, Fernando VII la restaura la primera vez, y la segunda no se atreve. Posteriormente, y de una manera definitiva, la suprime la regente María

Cristina. Los absolutistas descontentos crearon los llamados Tribunales de Fe, que funcionaron de una manera irregular y absolutamente ilegal.

»Hay que tener en cuenta también que la actuación de la Inquisición difiere según el momento. Así, los inquisidores de la segunda mitad del siglo dieciocho eluden la cuestión del judaísmo, y, sin embargo, son terribles en cuanto a su obsesión por las costumbres, las malas costumbres del clero.

T.—¿En qué se ocupa en la actualidad?

C. B.—Ahora termino un libro muy analítico sobre la et-

nografía de Navarra. Claro, el problema de la etnografía navarra radica en que la unidad se la da el hecho de haber sido un reino, pero después va cada cosa por su sitio. Es un problema importante la falta de correlación entre lengua, raza, cultura popular, legislación y Estado.

T.—¿En qué medida afecta la diversidad étnica a la superestructura, digamos cultural?

C. B.—En primer lugar habría que hacer un estudio de lo que es la superestructura, y yo aquí no me aclaro mucho. Para un antropólogo o un historiador es muy difícil hacer un estudio de la España ac-

tual. Parece que se da algo así como una mutación. ■
EDUARDO CHAMORRO.

**BIBLIOGRAFIA
DE CARO BAROJA**

1942, Algunos mitos españoles; 1943, Los pueblos del Norte de la Península Ibérica; 1944, La vida rural en Vera del Bidasoa; 1946, Los pueblos de España; 1947, Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina; 1948, Análisis de la cultura; 1949, Los vascos; 1955, Estudios saharianos; 1956, Una visión de Marruecos a mediados del siglo XVI; 1957, Estudios mogrebíes, Los moriscos del reino de Granada, España primitiva y romana, Razas, pueblos y linajes; 1958, Vasconlana; 1961, Las brujas y su mundo; 1963, Los judíos en la España moderna y contemporánea; 1966, El Carnaval; 1967, Vidas mágicas e Inquisición; 1968, La ciudad y el campo, Ensayos sobre la vida tradicional, La hora navarra del XVIII, Romances de ciego; 1969, Ensayo sobre la literatura de cordel; 1970, El mito del carácter nacional, Inquisición, brujería y criptojudasmo.

**El sexo,
como error**

El doctor F. Koning es un sexólogo de la vieja escuela. Frente a las «otras» formas de actividad sexual hay tres posiciones principales: la escuela antigua, que las considera corrupciones individuales contrarias a la idea del «Bien»; la sociológica, que estima que son productos de la sociedad represiva y que deben corregirse mediante una corrección general de las presiones sociales, y de las que estiman que todo es permisible y aceptable, que no deben establecerse diferencias morales y que no hay motivos clínicos para prohibirlas. El propio título del libro de Koning, «Los errores sexuales», indica ya su adscripción total a la primera serie, ni aun intenta una aproximación a los otros puntos de vista.

Doctor F. Koning, «Los errores sexuales». Ediciones 29, Barcelona.

**Hablan los
desertores de
Vietnam**

Aunque probablemente de una manera involuntaria, el Tribunal de Nuremberg, que acusó a los responsables nazis y creó la figura de delito de «criminal de guerra», sentaba jurisprudencia: nadie puede alegar que el hecho de estar inmerso en una guerra justifica sus actos individuales, nadie puede escudarse en órdenes recibidas para rehuir sus responsabilidades. Si legalmente estas doctrinas no han podido tener prolongación (el Tribunal Russell fue puramente moral), en cambio han penetrado muy profundamente en el espíritu de mu-

este importante libro, sino la compleja personalidad del joven americano situado ante una situación límite, en la terrible contradicción de tener que traicionar todas las enseñanzas que le han sido inculcadas desde niño —pacifismo, respeto a la vida humana, ideal de defensa del débil, espíritu de justicia—; situado también no sólo ante la obligación de matar, sino ante la de ser matado, sin que comprenda bien qué razones superiores puedan haberle conducido a este «climax» desesperado. La busca de la evasión por la droga, por el sexo o incluso por esa huida hacia adelante que es el ejercicio de la brutalidad para superar la brutalidad anterior, no son suficien-

una niña argentina perteneciente a la llamada «clase media». Nació, hace algunos años, en unas «tiras» publicadas regularmente en las páginas del diario bonaerense «El Mundo». Junto a Mafalda nacieron sus papás (él, un oficinista aficionado a la floricultura, y ella, una «frustrada y mediocre» hembra doméstica) y sus pequeños compañeros: Felipe (hipersensible, intelectual y admirador de «El Llanero Solitario»), Susanita (burguesa precoz, reprimida y chismosa) y Manolito (cazorro de solemnidad y heredero espiritual de un emigrante español dedicado al comercio de comestibles). El mínimo y entrañable universo vital de Mafalda lle-

futuro. «Los niños —ha dicho Charles M. Schulz, creador del famoso Charlie Brown— muestran una curiosa actitud ante el tiempo, pues carecen de paciencia para dejar que los días pasen; quieren obtener inmediatamente lo que desean...». Esa irreprimible impaciencia es, según parece, una constante en la psicología infantil; y al actuar sobre realidades concretas, exige soluciones radicales e inmediatas.

Mafalda es una persona auténticamente preocupada por las realidades objetivas; pero luego, por su cuenta y riesgo, las subjetiviza, las traduce a términos cotidianos. Y así llegan a ocupar el mismo plano de trascendencia aconteci-



chas personas que luego han tenido que ser actores de una guerra. La de Vietnam, por sus características especiales —guerra no declarada, el país más poderoso del mundo contra uno de los más indefensos, la escasez de justificaciones para considerarla necesaria...—, ha multiplicado esas contradicciones individuales y ha dado una configuración nueva a la figura, antes despreciada y ahora considerada de otra manera, del desertor. El periodista Mark Lane, que fue él mismo combatiente a los dieciocho años en la segunda guerra mundial, que alcanzó luego la fama como autor del «Informe sobre el asesinato de Kennedy» interroga ahora (1), con una técnica de simples preguntas y respuestas, a un cierto número de estos desertores. No es el relato de atrocidades —impresionantes— lo que más interesa en

tes. No es suficiente, siquiera, la desertión, la huida a Suiza o al Canadá: Mark Lane nos muestra la figura del desertor neurotizado, traumatizado, sobre el que pesa el recuerdo de lo sucedido, la imaginación acerca de lo que en este mismo momento está ocurriendo y la angustia por su futuro, por una vida que ya nunca podrá ser ajustada a los mecanismos de su propia sociedad y que le determinará para siempre. ■ H.

(1) Mark Lane, «Hablan los desertores de Vietnam», traducción de Luis María Badía, prólogo de Mateo Madrilejos. Editorial Dopesa, Barcelona.

**El mundo
de Mafalda**

A pesar de que su nombre suena a carolingio, Mafalda es

gaba cotidianamente a los lectores de varios rotativos argentinos. Más tarde, las «tiras» fueron publicadas en forma de libro por el editor Jorge Álvarez. Ahora, con el sello de Editorial Lumen, Mafalda aparece en España.

La lucidez infantil, ajena a cualquier tipo de mixtificación diplomática, ha sido siempre una buena excusa para ejercer la crítica social. Desde nuestro Lazarillo hasta el inefablemente viperino Oskar Matzerath (protagonista de «El tambor de hojalata», de Günter Grass), los niños han desempeñado frecuentemente el papel de elementos críticos respaldados por cierta sagrada inmunidad. «Los niños y los locos dicen las verdades», afirma el refrán, y los censores de la estabilidad social, intransigentes de por sí, transigen con tales verdades en mérito a su procedencia. Esta lucidez pueril proviene de su falta de confianza en el

mientos tan dispares como la guerra de Vietnam y los deberes del colegio, la emigración y el juego del yo-yo, los vuelos espaciales y la sopa cocinada por su madre...

Por otra parte, Mafalda no es tan sutil, tan «polished» como Charlie Brown: su simple aspecto físico basta para demostrarlo. Y es que, a fin de cuentas, Mafalda vive en un país cuyos problemas reales se insertan en la geografía del subdesarrollo: dictaduras militares, elevados índices de desempleo, emigración... Mafalda es plenamente consciente de esa situación; y, al comprobar en un globo terráqueo que «los países desarrollados son justamente los que viven cabeza-arriba», comprende que, «por vivir cabeza-abajo, a nosotros las ideas se nos caen...». ■ S. R. SANTERBAS.

(*) «Mafalda». Número 1. «Tiras» escritas y dibujadas por Quino. Ed. Lumen, Barcelona, 1970.